

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN IV

FRANCISCO VILLAESPESA

EL ALTO
DE LOS BOHEMIOS
RAPSODIAS

PRÓLOGO DE MANUEL CARDIA

1916

EDITORIAL «MUNDO LATINO»



HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
Almería

CUARTO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

RAPSODIAS

(1899-1900)

R 183

HEMEROTECA PROVINCIAL

SOFIA MORENO GARRIDO

ALMERIA

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS. — CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN IV

FRANCISCO VILLAESPESA

EL ALTO
DE LOS BOHEMIOS.
RAPSODIAS

(1899-1900)

PRÓLOGO DE MANUEL CARDÍA



MADRID

1916

R 113

ES PROPIEDAD

IMPRESA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
MESÓN DE LAS ROSAS, NÚMERO 8, BAJO

PRÓLOGO

En la poesía española de todos los tiempos se nota el predominio del sentimiento sobre la intelectualidad, lo que constituye, al fin, la característica de todas las manifestaciones superiores de los pueblos latinos.

Como una exageración de la sensibilidad y una excitación del temperamento, nos reflejan, en bloque, las impresiones del mundo externo, esto nos impide la absorción lenta, y, por lo tanto, dificulta el análisis. Por eso, los grandes torturados, los grandes impresionistas y los grandes sentimentales salieron de los pueblos latinos, cuyas tendencias más profundas están aún hoy impregnadas de romanticismo. Baudelaire, Espronceda, Leopardi, Anthero de Quental, y antes Santa Teresa de Jesús, Villón y Bernardino Ri-

boiro, no analizaron la vida fríamente para urdir sus conceptos filosóficos, sino que juzgáronla bajo un criterio estrechamente subjetivo.

Hacia los que reproducen impresiones de las líneas generales y sencillas de un sentimiento, se dirige, en busca de un lenitivo ó de una fraternidad de emociones, el ansia de la mayoría.

Hay otros, cuya psicología es más refinada, cuya educación sentimental es más compleja, cuya sensibilidad es más enfermiza. Para éstos es más raro el movimiento de simpatía, puesto que están más lejos de las multitudes.

Además, como, en general, la comunicación de los artistas con el público, pasa, desvirtuándose, por el medio refractario de la crítica, las concepciones pierden mucho de su limpidez bajo el peso de las interpretaciones preconcebidas.

Esto sucede con Francisco Villaespesa, que es en España un poeta eminente que no alcanzó aún la popularidad. Sus obras — como en Portugal las de Eugenio de Castro — no transmigraron hasta hoy del círculo restrictivo de los intelectuales hacia el gran público,

Tal distancia existirá por largo tiempo.

La Musa de Villaespesa fué una elegida virgen de los Quattrocentisti, visión casi apagada de un cuadro de Botticelli, atraída para la complicada vida moderna por un soñador de la belleza intangible.

En los fietspeals de Bayreuth aguzaron su sensibilidad emotiva los delirios orquestales de Wagner, y en cultos de paganismo la inició Stephane Mallarmé.

A la puerta de su alcoba, como á la entrada del infierno dantesco, hay también un dístico, aterrador dilema: O rinnovarse ó morire; á la puerta de esa alcoba, donde la Musa casi im-puber practica su lujuria sutil y entrega á los extraños los estremecimientos y los escalofrios pecaminosos de su cuerpo...

En su erotismo envuelve todos los tesoros de la tierra; ama por la misma razón los brotes de los árboles y los labios de las mujeres, los sonos de una cítara y el vino de los festines; conmuévase con la misma intensidad delante de un cuadro, de un templo jónico ó un bosque de ro-

sales, como ante una armadura de caballero andante, que le recuerda sagradas cosas muertas sin razón para morir.

Flor de decadencia, indecisa idealización de una estética refinada: he aquí la Musa del poeta. Os la presento tal y como la sentí y escuché en una tarde febril.

Todos los años, desde el 1898, Francisco Villaespesa lanza al público un libro de versos.

Los publicados son, por orden cronológico: «Intimidades», «Flores de almendro», «Luchas», «La copa del rey de Thule» y «El alto de los bohemios». En las tres principales etapas marcadas por estas obras, nos depara motivos para interesantes estudios.

Viene primero el estado vacilante y pueril, por el que pasaron todos los grandes poetas.

Con el alma desnuda, entristecida por la rapidez del deseucanto, el caminante se encuentra un día solo, sin coraje para continuar la jornada, sin fuerzas para volver atrás. En derredor, la Naturaleza, que todos estos males provocó, consérvase indiferente. Comprobar esta verdad cau-

sa una impresión tan dolorosa á los pobres enfermos, como el espectáculo del Otoño á un pletórico.

Entonces, la voz interior, ruge dentro del pecho; la desgracia ajena no nos afecta, consumidas todas nuestras lágrimas por la desgracia propia. Y esta imposición del yo sobre toda la vida del medio, se exterioriza en fórmulas dogmáticamente pesimistas, si en aquel que sufre predomina la reflexión, ó en el ritmo de lamentaciones impotentes, más consoladoras, si es un sentimental. He aquí la región donde mora Schopenhauer, y aquella otra que habitó Musset. Algunas veces el equilibrio de las dos facultades intégrase en un mismo individuo, y nacen Heine, Oscar Wilde y Anthero de Quental.

Egoísmo y deformación, por lo tanto, en las percepciones de lo ajeno, de todo aquello que es extraño á la criatura, son las características normales del lirismo primitivo y del sentimiento poético en estado rudimentario. Estas son también las predominantes en los dos primeros libros del poeta, cuya obra pretendo definir.

En «Intimidades», las sugerencias son frecuentes; la forma débil no da brillo á las ideas, y mueren ahogados, en imágenes banales, los sutiles conceptos reveladores de un alma atormentada de artista. Vacilante, vaga como un sol de invierno que las nieblas obscurecen, comienza á surgir la Belleza detrás de las concepciones frágiles y vacías.

Leí este libro después de conocer todos los policromos reflejos de las joyas que esmaltan la mejor obra de Villaespesa: «La copa del rey de Thule». Leí con agrado aquellas balbucientes estrofas, no como lector en busca de sensaciones, sino como el naturalista que intenta reconocer en las fibrillas de algún arbusto, el germen del desenvolvimiento de los troncos de algún árbol en plena fuerza.

Desde que aceptamos principios pesimistas, si no nos resignamos al escepticismo ó á cualquier otra manera de ser pasiva, comienza á darse en nuestro espíritu una aberración crítica que nos hace suponer antagonismos entre todo lo que es espontáneo y natural en el individuo, y todo lo

que es corolario de las necesidades de armonía individual ó social. La teoría de los conflictos, en los filósofos evolucionistas, se deriva de este error.

Tórnase entonces el pesimismo, por decir así, militante. Esto en la filosofía ó en la poesía.

Obedeciendo á esta reacción lógica, Villaespesa escribió «Luchas»... ¡Y qué generoso temperamento de luchador! En este libro hay aún un extremo personalísimo: todos los fenómenos del mundo externo los ve el poeta por acción refleja, como reproducción de sus fenómenos íntimos. El dice á su musa:

Eternamente cruzarás la tierra,
mi corazón llevando por carroza
y mis fogosos versos por corceles!

Y en la poesía titulada «Bohemia» defínese con precisión.

Un grupo de compañeros van interrogando á su alma, esprimiendo sus ambiciones.

— ¡Y tú? — me preguntaron —. Y yo, inmóvil,
permanecí en silencio,

contemplando las virgenes desnudas
de los frescos del techo,
que, ocultas entre el humo del tabaco,
mostraban, silenciosas, sonriendo,
las muertas esmeraldas de sus ojos
y las marchitas rosas de sus senos.

Es el contemplativo, el soñador, que, á pesar de estar ocupado por la lucha, vuelve siempre á entregarse á sí mismo, á abandonarse á sus cualidades esenciales, porque Villaespesa, en su libro, no podía al fin sofocar dotes ingénitos, tal vez atávicos.

Es curioso determinar— y «Luchas» nos da todas las bases— la personalidad moral de este poeta. Vimos que él era un individualista. En primer lugar, por ser un lírico; después, por haber abrazado el pesimismo, y, últimamente, por su temperamento de contemplativo.

En los últimos tiempos los individualistas trazaron los siguientes caminos:

1.º El culto del Yo, predicado por Barrés y resuelto en un ideal de unificación.

2.º La aristocratización de la fuerza libre

(Nietzsche, Max Stirner), terminando en una autocracia cesariana.

— El instinto domina al intelecto.

3.º El Ibsenismo ó teoría de la voluntad consciente.

4.º La Síntesis del transformismo espiritualista (E. Schuré, Maeterlink).

— La verdad guiada por la energía.

No es mi intento estudiar aquí estas cuatro corrientes principales de la intelectualidad contemporánea, cuyo análisis ocuparía muchos volúmenes. Baste decir que las dos primeras son disolventes y tienden hacia el aniquilamiento, y que las segundas representan fórmulas de acuerdo con todas las modernas ideas de finalidad.

¿Cuál de ellas fué la seguida por Villaespesa?

Con certeza podemos decir: todas. Como D'Annunzio, el poeta español se siente atraído hacia la disciplina moral, hacia la realización de la belleza sobre la vida interior, hacia la sensualidad estéril y hacia el despotismo al mismo tiempo.

Esto lo prueba él en los tercetos «A una mu-

jer», en la poesía «El camino», en el citado trozo de «Bohemia» y en «Pindarica».

El orgullo de un constructor que tiene la certeza de vencer, le da apariencias de optimismo. Y, sin embargo, «Luchas» se cierra con estos versos:

Y entonces grito con el alma entera,
al ver que me abandonan en la lucha,
á la esperanza que se va: — ¡Detente!
Y al entusiasmo que se aleja: — ¡Espera!...
¡Pero ninguno de los dos me escucha!

Ya está perfectamente determinada la moral del poeta; toda su actividad no es más que una desesperación motivada por el deseo ansioso de no morir.

No cree en nada de lo que le cerca; apenas tiene fe en sí, y á veces hasta ésta le falta. Es un extático.

Llegado al último estado, expresado en «La copa del rey de Thule» y en «El alto de los bohemios», su talento vese en plena florecencia, ataviado de imágenes ricas y copiosas, transfor-

mado en símbolos nobles que velan sus sentimientos y sus ideas en las parábolas más bellas que conozco. En estos libros hay una estética definida, y son en ellos fecundísimas y originales las teorías filosóficas.

MANUEL CARDÍA.

Lisboa, Mayo 1903.

Quando en Julio de 1903 se suicidó en Lisboa el joven escritor Manuel Cardía, entre los originales que dejó inéditos figuraba el siguiente fragmento, que publicaron algunos diarios portugueses, y que yo coloco al frente de esta colección de poesías, como homenaje al gran espíritu del artista. --(NOTA DEL AIMPOR.)

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

(1899-1900)

Ella solo será salvata; vivirá
in eterno; e tanto dolore non
será stato sofferto invano, tanto
male non será stato inutile, se
ancóra una cosa bella si aggiun-
gerà all'ornamento della vita...

GABRIEL D'ANNUNZIO.

(La Gioconda.)

PRELUDIO INTERIOR

Á SILVIO REBELLO

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente,
á morder las manzanas de la sabiduría.

Fuí esclavo de la tierra. Su liviana armonía
dió á mis lascivos cantos la maliciosa fuente,
y en los surcos estériles malogré la simiente
de todo lo que dentro de mi sér florecía!

Huiré solo, al desierto. Viviré en mi caverna,
á los pies de mi alma, la atormentada eterna;
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,
y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos,
ájustaré mis versos al ritmo de mi vida!

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

Á ANTONIO MACHADO

La lámpara esparce sus tenues fulgores;
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,
un canto, que evoca remotos amores,
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda á la aurora;
surgen los preludios de la serenata;
vuelan hojas secas, y una fuente llora,
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lebreles;
á fiesta convoca la alegre campana;
y entre panderetas y entre cascabeles,
se acercan las músicas de una caravana...

¡Ajustos bohemios, reyes andrajosos,
que cruzáis del mundo los vastos confines,
siempre pensativos, tristes y ojerosos,
sollozando amores en vuestros violines...

¡Parad un instante bajo mi ventana,
y con vuestros cantos calmad mi amargura,
que quiero mostrarte mi mano, gitana,
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,
barbas desgrefñadas, ojos asesinos!...
¡Vuestro último canto se llevan los vientos
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina,
que hoy gimes amores bajo mi ventana!...
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:
— ¿Bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde vas inquieta y hábil tañedora
de un arpa que vibra doliente en mi reja?...
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,
y que con el eco de tu voz se aleja!

¡Cabellos de oro, perfil vacilante,
labios enfermizos, grandes ojos claros
donde mi esperanza contemplé un instante,
¿junto á qué camino volveré á encontraros?...

La música errante se va lentamente
como los rumores de una serenata,
y sólo se escucha la voz de la fuente
que muere en un hilo de trémula plata!

LA SOMBRA DE LAS MANOS

Á RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar!...

¡Vuelve á suspirar amores
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano mística!...
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgredadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,
como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso
de placer extenuada!...

¡Oh, manos arrepentidas!...
¡Oh, manos atormentadas!...

En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia!

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubíes
sus pupilas escarlata!

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias!

Encendisteis en el templo
los incensarios de plata;
y al pie del altar, inmóviles,
os elevasteis cruzadas,
como un manojo de lirios
que rezase una plegaria!

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria!...

En la argéntea rueca, donde
áureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
sus tristezas las arañas!

Abierto, te espera, el clave;
y sus teclas empolvadas
aún de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan!

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba, el poeta
inclina la frente pálida;
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja,
aún abiertas permanecen,
esperando tu llegada!

¡Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas,
que en las sendas florecidas
de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma...
¿Por qué oprimís en la noche
como un dogal mi garganta?

¡Blancas manos!... Azucenas
por mis manos deshojadas...
¿Por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

EL JARDIN DE LOS BESOS

Ya no cruzamos el jardín sombrío
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del Otoño absorbe
la sangre de las rosas deshojadas;
y en el fondo del parque, resbalando,
como caricia de sutiles alas,
el eco moribundo de tus besos
nuestros amores imposibles canta!

Y es tan doliente la canción, que el aire
tiembla medroso entre las mustias ramas;
las lechuzas, pupilas de la noche,
esconden la cabeza bajo el ala,
y la Luna, amarilla y temblorosa,
resbala en el azul como una lágrima!

¡Oh, tus alegres besos!... Han reído
en la nupcial alcoba solitaria,
en las augustas bóvedas del templo
y en los sangrientos campos de batalla!

¡Oh, tus piadosos besos!... Se han posado
en el seno de todas las desgracias,
en los labios de todas las heridas
y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa
de tus besos!... Gorjea entre las ramas
del limonero en flor; lanza en la fuente
su penacho de frescas carcajadas;

como enjambre de risas aletea
en el rosal que alegra tu ventana;
duerme en el arco del violín; suspira
en la errante y nocturna serenata,
y en las blancas cortinas de mi lecho,
con perezosa lentitud resbala,
como rumor de encajes que se aleja
y en las alfombras del salón se apaga!...

La Luna muere en el azul... La brisa
se duerme temerosa entre las ramas;
y sólo turban el silencio fúnebre
de la obscura avenida solitaria,
los temblores del musgo, donde late
el misterioso corazón del agua!

LA BELLA DURMIENTE

Á NILO FABRA

Siento en sueños que acerca á mi oído
el temblor de sus labios un Hada,
y me anuncia el paraje escondido
donde espera, el Amor, mi llegada.

Allí reina ideal Primavera;
es el viejo país encantado,
donde el solo monarca que impera
es un mago de manto estrellado!

Hay palacios de oro y diamantes,
y jardines en flor fabulosos,
que custodian dragones rampantes
y vigilan enanos celosos!

Entre flores de raras esencias
silba el mirlo sus risas triunfales,
y se apagan lejanas cadencias
y alaridos de pavos reales!

Y en el fondo del parque, arrullada
por el claro cristal de la fuente,
con la ruela á los pies olvidada,
duerme y sueña mi Bella-Durmiente!

Duerme y sueña feliz, cual si una
boca amante sus labios besara...
¡Se ha dormido el fulgor de la Luna
en la hostia de luz de su cara!

¿Quién hará, blanco lirio encantado,
que tu vida al amor se despierte?...
¿Será el beso nupcial del amado,
ó el abrazo feroz de la muerte?

¡Quién tuviera la forma gallarda
de aquel héroe del lírico canto,
para ahogar al dragón que te guarda,
y romper, con mis besos, tu encanto!

Ríe el tiempo en su máscara loca;
y al arrullo fugaz de la fuente,
con la risa temblando en la boca,
duerme y sueña mi Bella-Durmiente!

FLOR DE CAMINO

El agua de tu ánfora, bella Samaritana,
bajo las tres palmeras del pozo me ofreciste.
Ardía el sol, cantaban las cigarras, y triste
perdiase á lo lejos la errante caravana.

Te pregunté quién eras. Y sonriendo ufana:
— ¿Qué te importa mi nombre?... Soy el Amor — dijiste...
Y entre nubes de polvo, cantando, te perdiste,
por las áridas sendas de la ciudad lejana.

Siempre que mi sed sacio, si gozo, es porque creo
que el agua de tus ánforas apaga mi deseo...
¡Oh, tú la más piadosa de las consoladoras!...

¿Quién eres?... ¿Dónde fuiste?... De tu imagen bendita
sólo el recuerdo guardo, como una flor marchita,
entre las viejas páginas de este libro de Horas!

P E R F U M E A N T I G U O

Á ALVARO DE CASTRO

Abri con mano perezosa y trémula
el viejo estuche de oxidada plata,
y una esencia sutil de flores mustias
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía
las nobles armaduras; arrancaba
relámpagos de sangre á los damascos;
temblaba en el cristal de las arañas,
y un incendio de púrpura fingía
en las antiguas lunas venecianas!

¡Tristeza de salones seculares!...
El viejo terciopelo tiene alma,
y al ondular se queja, recordando
historias y canciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.
Crujen las sedas de los muebles... Hablan
de lejanos recuerdos; se refieren
sus últimos amores, en voz baja...

Y la leve patina de los siglos
con un temblor de lágrimas empaña,
los antiguos espejos que semejan
verdes lagunas de dormidas aguas...

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,
visión alucinante, visión blanca,
que desde el fondo obscuro de ese cuadro
me ofreces un amor sin esperanza!...

¡Oh, busto de marfil, donde la Muerte
borró los tonos de la Vida!... Grana
de los labios risueños, rosas frescas
de las dulces mejillas, esmeraldas
de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto!...

Sólo el tiempo dejó la nota blanca!...
Nota blanca que turba solamente
el fulgor de un rubí, que entre las pálidas
camelias de tus manos, rojo imita
una gota de sangre coagulada!

T A R A N T E L A

Á ANTONINO MARI

A las tímidas caricias
de una mano fina y pálida,
de una mano moribunda, que parece la de Cristo
de la cruz desenclavada,
en las teclas del harmonium despertaron, sollozantes,
de la antigua tarantela las cadencias olvidadas.

Y al compás de los acordes de la vieja melodía,
de sus lóbregos telares descendieron las arañas;
y en los altos campanarios salmodiaron al crepúsculo
con sus bronces sepulcrales, las fatídicas campanas!

Las arañas son amigas de las ruinas. El cansancio
de sus lánguidas pupilas se refleja en la mirada;
y al andar, sus tardos pasos, tristes copian el desfile
de la errante caravana,
que soñando con las húmedas cisternas,
cruza, lenta y fatigosa, las llanuras solitarias!

¡Oh, poetas, tejedores silenciosos,
melancólicas arañas,
¡que en la red de vuestros versos
se entremezclan prisioneros
todos los sueños que cruzan el azul de nuestras almas!

¡Cantad lo móvil, lo errante,
lo que fugitivo pasa!...

¡Mejillas que enrojecieron
al chocar nuestras miradas;
ojos que de paso vimos
brillar tras una ventanual!...

Fugitivas vibraciones, pasajeras melodías
de cantares y de besos y de músicas lejanas,
que á la vuelta de un camino se perdieron para siempre
entre el eco de las fuentes y el murmullo de las ramas!...
¿Dónde fueron vuestras notas?... ¿Bajo qué balcón florido
entonáis ahora, bohemios, vuestra errante serenata?

Triste canción, que una noche
de luna, gimiendo plácida,
detuvo mi paso errante
junto á una reja entornada...
¡Vuelve á turbar el reposo
de las calles solitarias!

Rojos violines de zingaros,
que evocasteis mis nostalgias
en aquella alegre tarde
de recuerdos y esperanzas...
¡Volved á gemir amores
debajo de mi ventana!

¡Oh, voz piadosa, voz trémula,
voz de cristal y de lágrimas!...

¿Por qué no alegran tus risas
el silencio de mi alma?

La blanca mano de Cristo desaparece en la sombra;
el harmonium gime, y calla;
y entre el oro del crepúsculo, una pálida bohemia
debajo de mis balcones, cantando y bailando pasa,
y se pierde, con el lírico sollozar de los violines,
á lo largo del sendero que perfuman las acacias!

En el aire hay un sonoro florecer de golondrinas;
y á compás del argentino repicar de las campanas,
en los blancos cortinajes de mi lecho solitario
— blando nido que deshizo el furor de la borrasca —
un poema de caricias y de amores fugitivos
en sus redes de oro tejea, temblorosas, las arañas!

PAISAJE

Á RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento...
El supremo cansancio... La llama infinita...
En un sopor de fiebre la atmósfera dormita,
y jadeante abrasa de la tierra el aliento!

¡Todo polvo!... Se duerme aletargado el viento...
Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita...
La nota agria y aguda de la cruz de una ermita
perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña, proyecta en la llanura
su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean
la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura;
y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean
con lenta pesadumbre, las aspas de un molino!

OCTUBRE

Á JOSÉ RIQUELME FLORES

Sólo un mirlo, burlón, silba en la copa
de un álamo que, tenue, mece el viento.
De pronto, una canción dulce y lejana
turba de las campiñas el silencio...

Son los vendimiadores. Ellas, rojas,
de pámpanos ceñidos los cabellos,
y temblando en las redes del corpiño
las cándidas palomas de los seros,
vienen cantando el himno del Otoño,
con los brazos en alto, sosteniendo
sobre sus frentes por el sol tostadas,
con gracia de canéforas, en cestos

de mimbre, los racimos donde hierve
la divina embriaguez del vino nuevo.
Ellos detrás, alegres y danzantes,
atraviesan los húmedos senderos,
con la flauta en el labio, y temblorosos
sobre el registro los movibles dedos.
Cruzan hollando las marchitas hojas...
Entre rumor de risas y de besos
se pierden las cadencias de la música,
y en lentas gradaciones van muriendo!...

En los lejanos bosques llamaron
los resplandores de otoñal incendio;
y el humo de los últimos hogares
elevábase, rígido, á los cielos...
Una hoja seca palpitó en los aires;
entre las ramas onduló un momento,
y cual dorada mariposa herida,
aleteando descendió hasta el suelo!

CREPUSCULO

Á RICARDO CALVO

Los enamorados cruzan la floresta,
unidas las blancas manos temblorosas,
y triunfal recorre la ciudad en fiesta,
otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas,
músicas bohemias pueblan los jardines,
y entre los rosales, sobre las terrazas,
un canto de amores gimen los violines.

Ligera armonía de notas inquietas
vuela en las campanas, vibra en los pianos,
ríe en el estruendo de las panderetas
y tiembla en las arpas de los saboyanos!

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas
que invitáis con vuestros misterios de nido,
á estrechar el talie de nuestras queridas
y á decirnos frases de amor, al oído;

en todas vosotras asistí á una cita!...
Conozco el paraje más bello y ameno,
y sé el banco rústico que, escondido, incita
á inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo, que tristeza inspiran,
sois las predilectas de las almas locas!...
Entre vuestras sombras, los ojos se miran,
las manos se buscan y se unen las bocas!

Las brumas invaden los viejos jardines;
un rumor de danzas se extingue en las plazas,
y doliente y trémula, sobre las terrazas,
la nota postrera vibra en los violines...

En las calles solas, las primeras luces
entre las tinieblas arden temblórosas,
mientras de las torres, en las altas cruces,
desheja el crepúsculo sus últimas rosas!

NOCTURNO

La noche tiende sobre el mundo muerto
su lóbrega mortaja.

Surgen negras serpientes del abismo;
ascienden por las ásperas montañas;
ruedan al valle; cruzan los senderos;
lentas invaden la ciudad; resbalan
por los muros, se enroscan á los árboles;
entre las flores del jardín se arrastran,
y en los verdes juncales del pantano
asoman la cabeza, y, asombradas,

permanecen inmóviles, mirándose
en el profundo espejo de las aguas!

Es la hora negra del dolor!... La cita
de las almas que viven separadas
por una eternidad... Tiembla en los muros
la sombra de un murciélago que pasa.

¡Ya no hay recuerdos del ayer!... Mis labios
no secan la amargura de tus lágrimas,
ni oigo tu voz, desfalleciente y trémula,
que en la incoherencia del placer me llama.

Tan sólo en el silencio, al apagarse
los últimos fulgores de mi lámpara,
aún parece que escucho el ruido, tenue
como rumor de seda acariciada,
que producen tus manos inexpertas
al desatar, temblando, tus sandalias!

CANCIÓN DE OTOÑO

A CRISTÓBAL DE CASTRO

De los montes descienden las nieblas,
como sombras que bajan del cielo.

Cautelosas avanzan temblando
por los húmedos campos desiertos;
se apoderan de todas las cimas;
se deslizan por todos los huecos;
las florestas invaden, y asaltan
el audaz campanario del templo,
y en las altas veletas despliegan
su triunfante bandera á los vientos.

Uvas fugen castillos fantásticos;
otras luchas de monstruos quiméricos;
y las hay tan fugaces y pálidas,
que semejan desfile de muertos.

¿Dónde vais, vagas sombras perdidas
en los giros volubles del viento?...
¿Dónde han ido mis viejos amores?...
¿Quiénes fieles y amantes me fueron?...

Tú, la blanca de trenzas de oro,
que iluminan del sol los reflejos,
fuiste el símbolo puro y alegre
de mis castos amores primeros!

¡Oh, morena de lúbricos ojos,
ha temblado en mis brazos tu cuerpo,
y en el rojo clavel de tu boca
se ha embriagado mi boca de besos!

¡Enlutada de pálido rostro,
entre cirios y flores de almendro,
yo he deshecho la cruz de tus manos
y he cerrado tus ojos abiertos!...

De repente fulgura el relámpago;
se oye el ronco rugido del trueno;
y las nieblas, confusas y trémulas,
de las lívidas luces huyendo,
se deshacen en lluvia de lágrimas
en la calma profunda del cielo!

LA CANCIÓN DEL HOGAR

À MAYEE GARÇAO

I

Olvidaremos el pasado. Huiremos
cuando la noche llegue;
cuando reine la sombra, y no se vean
blanquear las paredes
del hogar, ni los cantos de la esposa
entre las flores del jardín resuenen,

II

Cruzaremos la cumbre solitaria
de las nieves perennes...

— ¿Dónde vas, ¡oh, viajero!, entre las sombras
de la noche solemne?

¿Dónde vas?... El nublado se aproxima,
la tempestad se cierne,
y el lobo, aullando, sigue
la huella de tus pasos en la nieve! —
nos dirán los pastores, sujetando
al mastín, que gruñendo sordamente,
en el dintel de la cabaña, enseña
la lívida blancura de sus dientes.

III

Despertarán nuestros piafantes potros
á la ciudad, que en las tinieblas duerme.

— ¿Dónde vas, caminante? Brama el trueno.
Nieva... La luz del rayo resplandece..
No hay posada, y borrarón los caminos
las aguas desbordadas del torrente! —
dirá el hombre del llano, y mientras, cauto
para vernos mejor, la luz eleve,
por la entreabierta puerta miraremos
el santo hogar y la fogata alegre,
la limpia alcoba y el nevado lecho,
donde una virgen, esperando, duerme...

IV

Cruzaremos jardines encantados
y desiertos estériles.

— ¿Dónde vas, pasajero taciturno?
Silban en el camino las serpientes;
ruge el león, y acecha en los pantanos
la insaciable pantera de la fiebre! —
exclamará el errante beduino,
sujetando, al pasar, nuestros corceles.
Y bajo el lino de la blanca tienda,
entre esquilas y claros cascabeles
de camellos, oiremos las canciones
que al hogar celebran sus mujeres.

V

Pisaremos la playa, y fletaremos
la embarcación más débil.

— ¿Dónde vas, marinero temerario?
El mar, ronco de rabia, se estremece,
y sobre el dorso de las olas chocan
los tiburones sus voraces dientes! —
nos gritarán los viejos pescadores,
desde la humilde choza, mientras tejen
en torno del hogar, junto á los hijos,
la destrozada urdimbre de sus redes,

VI

En la ligera embarcación iremos
donde el capricho de la mar nos lleve,
y entre el rugir del viento y de las olas,
á todo amor humano indiferentes,
náufragos del hogar, entonaremos
nuestros epitalamios á la Muerte!

RAPSODIA

Á MANUEL CARDÍA

¡Es la Vida tan árida!... ¡Es tan triste la Vida,
que no vale la pena de esperar su partida!...

De esperar la partida del barco amarillento
donde la Muerte arroja sus cenizas al viento!...

¡Alma mía, no llores! Está franca la puerta
que conduce al ensueño! En la playa desierta

no hay manos cariñosas que agiten el pañuelo,
ni pupilas amantes que interroguen al cielo,

pidiendo á Dios clemencia, llorando tu partida...
¡Abandona las playas donde ríe la Vida!...

¿Qué te dejas en ella?... El sepulcro entreabierto
de tus locas quimeras; la aridez del desierto...

La carne es el martirio del amor... (El veneno
del áspid á quien dimos calor en nuestro seno.)

Su beso muere. Ahoga su brazo de pantera.
Se bebe nuestra sangre con avaricia fiera,

y cuando entro sus garras se agota nuestro brío,
nos arroja á las bestias feroces del hastío.

En brazos de la carne morir de amores quiero...

¡Oh, espasmo fugitivo del goce pasajero!...

¿Por qué no ahogas al triste que en tus senos olvida
por un instante, el tedio profundo de la Vida?...

Es la gloria espejismo del desierto mundo;
áncora á que se acoge el nauia moribundo;

inscripción dolorosa que el sacrificio indica;
la cruz donde el escarnio al genio crucifica...

La senda está poblada de víboras y abrojos...
De tanto llorar ciegan los soñadores ojos

que elevan sus miradas, con honda pesadumbre;
sintiendo las nostalgias de la gloriosa cumbre!

¡Nada te liga al puerto de la Vida, alma mía!
En los mares se apaga el incendio del día;

los tripulantes cantan, y misterioso viento
hincha las rojas velas del barco amarillento...

¿Qué importan los dolores de la cruel partida?
¿Qué importa que se quede, sonriendo, la Vida

á los locos placeres, en la estéril ribera
del mundo, si á lo lejos, amante nos espera,

coronada de estrellas, de eternidad vestida,
con los brazos abiertos, nuestra fiel Prometida?...

RENACIMIENTO

RENACIMIENTO

Á MANUEL REINA

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje;
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela;
y he domado á mi estilo como á un potro salvaje,
á veces con el látigo y á veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela;
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas canales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales...

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo,
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo!

P A N

A M. CIGES APARICIO

Soy un alma pagana. Adoro al Dios bifronte,
y persigo á las ninfas por las verdes florestas;
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que las ninfas dancen al son del sistro, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

Oh, viejo Pan lascivo!... Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas!... Por ti amo la alegría,
y á las desnudas ninfas persigo por el prado.

Tus alegres canciones disipan mi tristeza;
y la flauta de caña que tañes, me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

HISTÉRICA

Á GUILLERMO VALENCIA

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Coso, con el cabello al viento;
y embriagarse de amores, en el Circo sangriento,
con el vino purpúreo de la ven dimia humana.

Sueña... Un león celoso, veloz salta á la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira...

Salta sobre sus pechos; á su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna... y sonriendo expira!

A VE, FÉMINA

A CÉSAR ZUMETA

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita
y en tu seno las blancas magnolias del Pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita
de pálidos suicidas al infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda á Magdalena!

LA SONRISA DEL FAUNO

A MANUEL MACHADO

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas,
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,
y en una loca orgía de luces y colores,
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

— ¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices? —
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

á un Fauno que en las frondas oculto, sonreía...
Hace ya muchos siglos... Y en la conciencia humana
el Fauno, á esa pregunta, sonríe todavía!

P A G A N A

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorjea un ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muge salvaje,
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala — cándido abanico —
acarició los senos y el cabello...

Leda dió un grito, y se quedó extasiada...
Y el cisne levantó, rojo, su pico,
como triunfal insignia ensangrentada!

VENUS DE MILO

A ANTONIO DE HOYOS

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos,
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,
y ofrendaron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria, en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados,
el mármol de tu carne se estremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afrodita?
Ya la Pánica flauta en los bosques no invita
á danzar á los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huido la Alegría, ha muerto la Belleza...
No hay risas en los labios, y una inmensa tristeza
cubre como un sudario las almas y las cosas!

VENDIMIA

A RAMÓN GODOY

La tarde en los viñedos parpadea;
y en la embriaguez erótica del vino,
sobre algún seno virginal se arquea
el bronce de algún torso masculino.

Finge el aire la angustia de una queja;
y la tarde, en sus cárdenos crespones,
sobre el zafiro de la mar refleja
la sangre de las bruscas violaciones,

Y el viejo Pan, también ebrio de amores,
sopla, bajo sus dedos tembladores
el caramillo, al borde del camino;

y hace danzar entre sus patas tuertas
y lanudas, un raudo remolino
de hojas marchitas y de flores muertas!

LA MUERTE DEL SATIRO

AL CONDE D'ARNOSO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo
y grises troncos húmedos, que apenas mueve el viento,
bajo una encina, un sátiro de rostro macilento,
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo
las sombras fugitivas de algún presentimiento,
y entre los dedos débiles, el rústico instrumento
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

Es una triste música!... Vieja canción que evoca
aquel beso primero que arrebató á la boca
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida!...

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso
de la Muerte, y el último suspiro de su vida
tiembla, en el caramillo, como si fuese un beso!

PÓSTUMA

Á DÍAS D'OLIVEIRA

Para cantar mi muerte quiero un verso pagano;
un verso que refleje la cándida tristeza
del azahar, que trémulo, deshoja su pureza,
á las blancas caricias de una tímida mano.

¡No amortajad mi cuerpo con el sayal cristiano;
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,
y prestadme un sudario digno por su riqueza
de envolver á un fastuoso emperador romano!

¡Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba!
Yo amo al sol—luz y vida,—y quiero que en mi tumba
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores.

Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores
en torno de la estatua de su muerto poeta!...

ANACREÓNTICA

A MARIO PINTO RIBEIRO

Para escanciar el vino de mi viña temprana,
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro
seno que sorprendiera jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,
y en ella están grabados, entre vides y flores
y sátiros que acechan, los lúbricos amores
de Leda con el Cisne, y el Toro con Europa.

Amada, ¡bebe y bésame! Al destino no temas,
que al borde de la copa rebosante de gemas,
cinceló Anacreonte estos versos divinos

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra:
— Bebe, ama y alégrate, mientras sobre la tierra
haya labios de rosas y perfumados vinos!

CAMA FEO

Con el fervor de un lapidario antiguo,
quiero miniar, á solas y en secreto,
la tentación de tu perfil ambiguo
en las catorce gemas de un soneto.

Para nimbar tu tez blanca y severa,
á modo griego, cual real tesoro,
recogerá tu negra cabellera
sobre la nuca, un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada
la túnica, é inmóvil la mirada,
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos
sobre el registro, en gestos armoniosos,
tus dedos enjorjados de amatistas!

LA ÚLTIMA ELEGÍA

¡Alma mía! Soñemos con la estación florida!
Abril, lleno de rosas, á nuestro encuentro avanza...
El Arte será el último refugio de la Vida
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza!

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...
¡Has de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.
Labremos un sarcófago digno por su riqueza
de encerrar las cenizas de dos emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:
— Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza
llorando las nostalgias de su eterna alegría!

RAPSODIAS

(1900-1901)

O F E R T O R I O

En esas horas íntimas de gran recogimiento,
cuando escuchamos hasta girar agonizante,
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,
como una mariposa, un vago pensamiento.

Cuando en la mano helada de una tristeza inmensa,
el corazón sentimos temblar, aprisionado,
como un latir medroso de pájaro asustado,
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa.

Cuando en el gran silencio nocturno se percibe
el hálito más tenue, el son más fugitivo,
y se funden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice á mi oído, con voz muy baja: — ¡Escribel...
Y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos!

LAS NIÑAS GRISES

Á AUGUSTO DE CASTRO

El sol apagaba sus rojos fulgores,
tiñendo de rosa las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidiesen para su tristeza
á la Tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,
en largas y grises hileras iguales;
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
sin hallar un nido donde las esperen...
Triste es su llegada, triste es su partida,
y llorando nacen y llorando mueren!

En la noche nadie vigila su sueño.
Sólo cuando cierran los ojos dolientes,
baja el melancólico Angel del Ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra... ¡Pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron!...
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe
si son nuestras hijas ó nuestras hermanas?...

El eco del Angelus resuena á lo lejos.
Todas se arrodillan y rezan en coro,
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

M E D I O D I A

Á MARIO RAPISARDI

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la calina
del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina...

Llanura desierta...
¡Pobre tierra muerta!...
Arido paisaje
sin sombras ni viento...

Sólo algún perdido
árbol retorcido
dobla su ramaje
seco y polvoriento...

Abrasa la planta
la fiebre del suelo.
Es de plomo el cielo...
La cigarra canta
su monotonía...

Bajo el sol ardiente
sueña el alma mía
— sola en el camino —

con el claro chorro del agua bullente
que salta espumosa
la fresca y umbrosa
presa del molino!...

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la calina
del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina.

NIEVE

A FRANCESCO PASTONCHI

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
— bajo la nevada —
la paz infinita
de una sepultura.

No turba la senda desierta
ni el vuelo de un ave...

Rechina una llave;
se entreabre una puerta;
y entre la neblina
gris de la mañana,
vibra la argentina
voz de una campana
lejana...

La nevada ciega...
Por aquel sendero,
temerosa llega
la visión que espero!

Y sobre el paisaje,
cubierto de bruma,
se pierde y se esfuma
lo blanco del traje.

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
— bajo la nevada —
la paz infinita
de una sepultura!

SAMARITANA

Á RUGENIO DE CASTRO

¡Es tu amor tan lejano!... La blanca casa abierta
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero
se hunden las polvorientas sandalias del viajero,

que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo; la tarde; tu pequeño
jardín; todo aparece como a través de un sueño,

en el que tú, sentada al borde del camino,
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino

que apoyado en su báculo, lentamente camina,
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo... — Entrad, hombre piadoso,
entrad!... Bajo mi techo encontraréis reposo...

Con bálsamos de Arabia, con preciados ungüentos
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos...

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:
— ¡Entra, amado! Te espera en su lecho la esposa! —

¡Ya jamás volveremos á encontrarnos! Romero
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero,

por esa laberintica senda, larga y obscura,
de la que no se vuelve jamás... Una Locura

me lleva de la mano, y me canta al oído,
para dormir mis penas, la canción del Olvido...

Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía;
una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, á la luz de la aurora,
al verme de camino, en la ventana llora!

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos
áridos; caravanas de otros nuevos romeros,

que mientras en los mares la luz del sol declina,
marchan, cantando salmos, hacia la Palestina.

Acaso tú, sentada al borde del sendero,
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquel pálido y extraño peregrino,
cuya larga silueta, más que ninguna triste,
lentamente, á las luces de la mañana, viste
borrarse entre las nubes de polvo del camino!

LA CANCIÓN DEL REGRESO

Á ABEL BOTELHO

La luz alborea...
Entre húmedas rosas
la casa blanquea...

Por sendas brumosas
se esfuman borrosas
siluetas...

Resuenan
confusos rumores
de voces lejanas...

Metálicas suenan
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, desciende
un rebaño... Hiende
el espacio la alondra sonora.

Ladra un mastín, olfateando,
los zarzales en flor del camino...
Canta una voz tímida, y una niña llora
entre el polvoroso frescor del molino...

¡Detente, viajero!
¡Sacude tus viejas sandalias gastadas
en las piedras de tanto sendero
y entre el polvo de tantas jornadas!...

Estás en tu valle!... Contempla, á lo lejos,
de la aurora á los claros reflejos,
humeando tu hogar entre flores...

¿No llega á tu oído
en la brisa, un cantar conocido
que te evoca remotos amores?

Al mirarte cruzar la llanura
el labriego su paso detiene...
Te saluda, y, muy quedo, murmura:
— ¡Qué delgado y qué palido viene! —

La casa despierta...
Abierta
se ve la ventana...

Y entre los doseles
de la enredadera,
una mano de nieve, ligera,
riega un tiesto de rojos claveles!

LOS CIEGOS

Á MARIANO DE CÁVIA

Gime en los jardines
que deshoja el viento,
un largo lamento
de tristes violines.

Eco de congojas
que muere inconstante,
entre el vacilante
temblor de las hojas.

Cruzan, tateando,
los mendigos ciegos
el parque, ensayando
sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas
suspiran, imploran...
Parece que lloran
olvidadas quejas!

Los ciegos caminan
trabajosamente...

Tropiezan: inclinan
la pálida frente;
y se alejan lentos,
— los ojos clavados
en sus pensamientos —
por los encharcados

senderos, perdidos
en una quimera,
¡con el alma entera
puesta en los oídos!

Pasan los violines
su vez apagando,
y se van quedando
mudos los jardines...

A veces, un lento
suspiro de pena,
lejano resuena,
temblando en el viento...

Eco de congojas
que muere inconstante
entre el vacilante
temblor de las hojas.

LA ABUELA

Á LUIGI CAPUANA

Bajo la cofia blanca, el rostro amarillento
de la anciana sonríe á un sueño color rosa,
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa,
recuerda el clavicordio un canto soñoliento.

Como ahogados suspiros surgen de su garganta
de una canción antigua los ecos olvidados...
Y los niños, el índice en los labios, parados
en el dintel, murmuran: —¡Callad!... La abuela canta!

—¡Oh, mi amor, mi esperanza! ¿En dónde estás? ¿En dónde?—
parece que solloza la música severa...
De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... No responde!...
¡Tiene el pálido rostro más blanco que la cera
que ardiendo se consume sobre la vieja clave!

É G L O G A

Á POMPEO MOLMENTI

El chorro de la fuente
borbotea en el ánfora
de barro que se llena,
mientras la virgen, pálida,
su sien con mano tímida
ciñe de rosas blancas.

El sol fulge en el chorro
borboteante...

El ánfora,

lentamente, su trémulo
roncoo rumor apaga.

En aquel mediodía
estival caminaba
muerto de sed...

De pronto
sentí correr el agua,
y contemplé en la sombra
tranquila de las palmas,
la fuente, que al sol, era
cantar vivo de plata!...

La virgen en su tímida
cadera apoyó el ánfora,
y la acercó á mis labios,
nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse
sus mejillas...

Temblaban

las manos, y su seno,
entre la tibia gasa
de encaje, como un preso
pájaro aleteaba...

LA FUENTE

Á ANGILOLO ORVIETO

Modula se queja
de cristal doliente
la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura...

Habla el agua, gime,
ríe vacilante...
— Voz del agua, dime
tu canción errante! —

La fuente se queja;
llora, se estremece
de dolor... Parece
que hablando, se aleja!

¡Nombres olvidados
de viejos amores,
lejanos rumores
de besos callados!...

Todo eso que llora
fugaz é incoherente,
lo repite ahora
la voz de la fuente!...

Lo escucho en la queja
de cristal doliente
que gime la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura!

OTOÑO

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes
de lágrimas... El hálito
de algún rosal que el viento
deshoja en el cercano
jardín...

El cielo cruza
un fugitivo bando
de golondrinas...

Muere

sobre tu seno un ramo
de jazmines...

Se extingue

por los valles lejanos
un largo y lento doble
de campanas.

Y un rayo

humilde y temeroso
de sol poniente, entrando
por el balcón, enciende
de luz el empolvado
oro de tus flotantes
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano!...

LA HERMANA

Á BIANCA MARÍA CAMMARANO

En tierra lejana
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.

Y á la golondrina
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:

— ¡Por aquella espina
que arrancaste á Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura! —

El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja!

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:

— ¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero! —

Pero el pasajero
su calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento!

Desde su ventana
á la luna grita
mi pálida hermana:

— ¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado! —

La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga!

Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana;
y sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:

— Dime, peregrino,
¿has visto á mi hermano
por ese camino?

LA CITA

En la tranquila alcoba perfumada
aún la lámpara sueña, vacilante,
nimbar la palidez de tu semblante
con su suave claridad rosada.

Te presiente en las sombras la mirada,
y el corazón espera palpitante
desfallecer de amor en el amante
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,
la vaga ondulación de tus vestidos,
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano
de tu pequeña y enguantada mano,
que llama — toda trémula — á mi puerta! .

SCHERZO

Junto á la dudosa
lámpara te espero
leyendo...

Una rosa
muere en el florero.

Llueve...

Lentamente
desfilan las Horas...
¿Por qué, alma impaciente,
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta...
Aún sobre el piano
la sonata abierta
sueña con tu mano.

Suspira en el eco
tu voz... La almohada,
que aún conserva el hueco
de tu sien, espera
la lluvia dorada
de tu cabellera...

Y perfuma el viento
de la vieja estancia,
la tibia fragancia
que exhala tu aliento.

La clara y fulgente
luz de la mañana
brilla en la ventana
abierta...

Se siente
lejana campana...

El libro cerrado,
la rosa marchita...
El reloj parado
señala la cita!

FLOR DE OTOÑO

Cuando me sonríes tras la vidriera,
 de las tibias tardes á la luz dorada,
 fatigado y triste sobre la almohada
 tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto
 de una flor que muere cuando á abrirse empieza,
 y hay en tus pupilas tan honda tristeza
 que, al verlas, los ojos se cubren de llanto,

Golondrina herida que abandona el nido,
tu vuelo á la tierra se inclina ligero;
y eres una efímera flor de invernadero
que tan sólo vives á fuerza de cuidado!

Es más transparente cada vez tu mano,
más amarillenta tu faz demacrada;
y tu voz suspira, débil y apagada,
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto;
nostalgias de antiguas primaveras sientes,
y tus negros ojos, profundos y ardientes,
parecen dos cirios que alumbran á un muerto.

Siempre pensativa, triste y ojerosa,
notas que la vida voluble te deja;
y el eco angustioso de tu tos semeja
un golpe de azada, cavando una fosa!

Vestida de blanco, te pierdes como una
quimera de nieve, por la noche en calma,
como si tu cuerpo fuese todo alma,
como si tu alma fuese toda luna!

Y los caminantes exclaman, al verte
subir de mi brazo agreste vereda:
— ¡Pobre flor de Otoño, qué poco le queda!...
¡Lleva ya en la cara grabada la Muerte!

EN EL CLAUSTRO

MÍSTICA

Á NICOLÁS MARÍA LÓPEZ

En el viejo jardín de la abadía
se alza de un santo monje la escultura,
que turba con su fúnebre blancura
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa las horas desafía,
con la mirada inmóvil en la altura,
y proyecta en la trémula espesura
la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros, ni suena una plegaria
en el jardín. Tan sólo cuando vierte
el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,
como si bajo el mármol de la Muerte
el rosal de la Vida floreciera!

CRISTIANA

Á CAMILO BARGIELLA

— Como en Jordán de Gracia, me he bañado
con tu santa palabra milagrosa,
y es gozo la tortura que hoy me acosa,
porque Vos, mi Señor, me la habéis dado!

A fuerza de cilicios he domado
la fiera de mi carne lujuriosa,
y hoy te ofrezco mi cuerpo, blanca rosa,
que una lluvia de sangre ha salpicado! —

Así clamó la tórtola divina...
Y mientras con la dura disciplina
los lirios de su carne maceraba,

la brisa del jardín traía aromas,
y en la ventana abierta se arrullaba
una blanca pareja de palomas!

O R E M U S

Á LUIS BARREDA

A la luz de la lámpara, un Cristo agonizante,
desfallece en la celda. De rodillas, escuálido,
en éxtasis los ojos, yace un asceta pálido,
inmóvil como una marmórea estatua orante.

Clava los grandes iris en las llagas divinas,
y los labios, que aroma de incienso la plegaria,
tiemblan de unción... Su carne es una pasionaria
que, mustia, suda sangre bajo un sayal de espinas!

A medida que el beso de la oración su boca
refresca y santifica, toda la vida loca
y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas,

lo devora en las llamas de cruentos martirios,
poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,
y en sus manos cruzadas palidez de azucenas!

TERESA DE AVILA

A FELIPE TRIGO

— Tanto, Señor, en mi locura os quiero,
y es mi pasión tan honda y tan sincera,
que por gozar vuestro sufrir, quisiera
ser clavada con Vos sobre el madero.

Presa en la cárcel de la vida, espero
que vuestra mano libertarme quiera,
y es tan larga y tan lóbrega la espera,
que muero, buen Jesús, porque no muero! —

Así clamó la Santa enamorada;
y tras largo cilicio extenuada
se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,
ávido el labio y palpitante el pecho,
esperando los besos del Esposo!

LA HORA MÍSTICA

A MARCELLINO MEZQUITA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.
En el cielo azuloso, profundo y transparente,
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente,
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se estremece en el viento.
Todo duerme en la calma de la tarde silente.
Se oye crecer el musgo, y en el alma se siente
abrirse como un cáliz un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores
del claustro. De rodillas escucha los clamores
del órgano que entona responsos funerarios,

y bendice á los monjes que en estas tardes puras,
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas
al pie de los inmóviles cipreses solitarios!

PAVANA

Á JULIO DANTAS

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca,
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,
de encajes y de gasas,
al despertar la música
en el salón se apaga.

Los muebles quedan solos...

Y riman las casacas
bordadas, con la seda
pomposa de las faldas.

Y envuelta en la humareda
de luz de las arañas,
dentro de las floridas
cornucopias doradas,
ceremoniosamente,
se refleja una vaga
inclinación de lentas
pelucas empolvadas...

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca,
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

LA RUECA

Á YOLANDA

La Virgen cantaba,
la dueña dormía...
La rueca giraba
loca de alegría.

— ¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!

Gira, rueca mía,
gira, gira al viento...
¡Amanece el día
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el Amado
que al altar me lleve!

Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura...
Sueña la ternura
de su voz el viento...

¡Gira, rueca loca,
gira, gira, giral...
¡Su labio suspira
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana
cuando el alba cante
la clara campana,
llegará mi Amante!

¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones! —

La luz se apagaba;
la dueña dormía;
la Virgen hilaba,
y sólo se oía

la voz crepitante
de la leña seca...
¡y el loco y constante
girar de la rueca!

EL CLAVICORDIO

Á GONÇALVES DIAS

En el ángulo sombrío
de la estancia, silencioso,
con lejanos ritornelos de sonatas olvidadas,
sueña, abierto, el clavicordio.

A través de los cristales
empañados, el lluvioso
jardín muerto se deshoja,
esfumándose en las brumas de un crepúsculo de Otoño.

En la antigua sala flota
el perfume melancólico
de las rosas, que en las viejas porcelanas
se marchitan, lentamente, de tristeza y de abandono.

Los dorados cuadros, duermen,
olvidados, bajo el polvo,
y las sombras de los muebles, á lo largo de los muros,
melancólicas alargan sus fantásticos contornos.

La abuelita, triste, sueña... Bajo el lino de la cofia
la mirada taciturna de sus ojos,
á través de las rasgadas humedades de la lluvia,
se diluye en el recuerdo de los parques del Otoño,
donde elevan los cipreses humeantes de neblinas
sus siluetas triangulares bajo el cielo gris de plomo.

¡Está seria y está muda! Ya no alegra nuestros juegos,
ni nos narra viejos cuentos de princesas y de gnomos.

Las tinieblas se insintían á lo largo de la estancia;
lentamente, los espejos, apagando van sus tonos;
los retratos, carcomidos, en sus marcos de negrura,
palidecen y se apagan, confundidos y borrosos;
y los muebles agonizan devorados por la sombra,
murmurando viejas cosas y crujiendo bajo el polvo.

Un reloj lento y lejano
deja caer en el hondo
silencio, el agrio martillo de sus férreas campanadas
que retumban en los ángulos del salón desierto y lóbrego!

Las tinieblas han borrado
las ventanas... Y, de pronto,
en el fondo de la estancia,
á las tímidas caricias de unos dedos temblorosos,
despertaron los acordes de una música olvidada
en las teclas polvorientas del antiguo clavicordio!

TÉRMINUS

Á BIAGIO CHIARA

En un negro silencio me he perdido.
La noche envuelve mi camino. Nada
en la sombra percibe la mirada,
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido
que en las sendas produce mi pisada...
¡Quién sabe, si al final de la jornada,
la propia obscuridad será el olvido!

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto
que los que el mármol del sepulcro encierra!...
Y soy en la aridez de este desierto,

el sueño de algún alma desterrada
que cansada de andar sobre la tierra
regresa á los misterios de la Nada!

FIN

INDICE

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS (1899-1900)

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	9
Preludio interior.....	25
El alto de los bohemios.....	27
La sombra de las manos.....	31
El jardín de los besos.....	37
La bella durmiente.....	41
Flor de camino.....	45
Perfume antiguo.....	47
Tarantela.....	51
Paisaje.....	55
Octubre.....	57
Crepúsculo.....	59
Nocturno.....	63
Canción de Otoño.....	65
La canción del hogar.....	69
Rapsodia.....	75
Renacimiento:	
Renacimiento.....	81
Pan.....	83

	<u>Páginas</u>
Histórica.....	85
Ave, fémína.....	87
La sonrisa del fauno.....	89
Pagana.....	91
Vénus de Milo.....	93
Vendimia.....	95
La muerte del sátiro.....	97
Póstuma.....	99
Anacreóntica.....	101
Camafeo.....	103
La última elegía.....	105

RAPSODIAS (1900-1901)

Ofertorio.....	109
Las niñas grises.....	111
Mediodía.....	115
Nieve.....	119
Samaritana.....	123
La canción del regreso.....	127
Los ciegos.....	131
La abuela.....	135
Egloga.....	137
La fuente.....	141
Otoño.....	145
La hermana.....	147
La cita.....	151

	<u>Páginas</u>
Scherzo.....	153
Flor de Otoño.....	157
En el Claustro:	
Mística.....	163
Cristiana.....	165
Oremus.....	167
Teresa de Avila.....	169
La hora mística.....	171
Pavana.....	173
La rueca.....	175
El clavicordio.....	179
Términus.....	183
Índice.....	185

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ.
EL DÍA V DE AGOSTO
DE MCMXVI

Obras completas de Francisco Villaespesa

TOMOS PUBLICADOS

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
- II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
- III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
- IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSDIAS.

EN PREPARACIÓN

- V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
- VI.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDENALES.
- VII.—EL LIBRO DE LOS MILAGROS.
- VIII.—JUDITH.—UNA PARTIDA DE AJEDREZ.
- IX.—LAS GRANADAS DE RUBÍES.—LAS GARRAS DE LA PANTERA.
- X.—CANCIONES DEL CAMINO.—GUERNALDAS DE ROSAS.
- XI.—FIESTAS DE POESÍA.—VIDA Y ARTE.
- XII.—EL REY GALAOR.—LA DANZA DE LA MUERTE.